

LA CASA COMO ESPACIO DE DISOCIACIÓN Y REPRESIÓN FAMILIAR. A PROPÓSITO DE LA OBRA HOMÓNIMA DE DANIEL GALLEGOS

*Óscar Gerardo Alvarado Vega**

RESUMEN

En la obra *La casa*, de Daniel Gallegos, el hogar, si así se puede denominar, se convierte en sitio que aprisiona a sus habitantes, pues más que un espacio para posibilitar la armonía del vivir, se convierte o transforma en un laberinto o encierro en el cual todos se van dejando llevar, y en donde, por parte de una Teresa y de la madre, se teje una dimensión de egoísmo, un deseo de poseer la casa, sin darse cuenta de que son ellas las poseídas por esta. El resultado es la disgregación familiar y la emergencia o aparición de un espacio en el cual ya son imposibles las relaciones de convivencia, pues la estructura termina por disociar al llamado grupo familiar.

Palabras clave: espacio, conflictos existenciales, desencuentros, laberinto, apariencias, casa, evasión, represión, desestructuración

ABSTRACT

In the Literary work *La casa* from Daniel Gallegos, the home, if it can be called that, becomes a place that imprisons its inhabitants, because rather than a space to allow the harmony of living, it becomes or is transformed into a labyrinth or confinement, which gives everyone, and where on Teresa and her mother's part, weaves a dimension of selfishness, a desire to possess the House, without realizing that it is they who are possessed by the house. The result is family disintegration and the emergence or appearance of a space which makes coexistence now impossible because the structure ends up separating the so-called family Group.

Key Words: space, existential conflicts, disagreements, labyrinth, appearances, house, evasion, repression, non structure.

El espacio urbano, la sociedad en general, establecen, hoy, fundamentalmente en el ámbito de la literatura, una expresión que reafirma la problemática de un entorno que manifiesta un crecimiento acelerado del fenómeno de la violencia. Aunado a ello, los conflictos existenciales, la problemática social, el advenimiento de un momento en el cual los cambios acelerados repercuten de manera violenta en determinados sectores, vienen a confirmar el hecho de que la literatura, la poesía, la novela, el

cuento, el teatro, no permanecen ajenos al ámbito de esos acontecimientos.

En la obra *La casa*, de Daniel Gallegos, el tema es el del espacio como un mundo de ahogo, pero también de asidero desesperado para fijarse, de alguna manera, un lugar. Las cinco mujeres y el hombre que forman parte de esta pieza teatral, viven en una casa a la cual se aferran, mientras la monotonía y la "represión" provocadas por la posesión desmedida de la madre de cada uno de sus hijos, hace que estos, en su mayoría, intenten

* Profesor, Escuela de Estudios Generales. Universidad de Costa Rica.
Recepción: 09/08/12. Aceptación: 03/09/12.

una salida. La madre, revestida totalmente de hábitos burgueses propios de una clase social media alta, en total decadencia y con niveles de pobreza, los cuales se niega a aceptar, “crea” un mundo totalmente imaginario, el cual rechaza su hija Pilar al enamorarse de un músico con el cual decide casarse, aun sin el permiso de esta. Su hijo Rolando opta, finalmente, por hacer lo mismo, pero la trama de su propia madre y de una de sus hermanas, impide que su boda se lleve a cabo y sea rechazado por la familia de la novia, a la cual su madre ve como un grupo que no está a la altura de su familia.

El hijo huye de la casa, la cual precisamente han decidido comprar ya que hasta ese momento la han alquilado, como una forma de asegurarse, de manera permanente, un espacio común, y un centro de gravitación para todos, que no hace más que desenmascarar el mundo de mentira, de hipocresía, de vacuidad y de hastío que se mueve alrededor de los hijos y doña Isabel. En medio de la ciudad, y las apariencias propias de su mundo en decadencia, esta obra pone sobre el tapete todo ese ambiente de “insostenibilidad existencial” que sufren los personajes, pero alrededor del cual procuran maquillar sus propias mentiras. Ejemplo de ello es el de Rolando, quien trabaja y es explotado, en una ferretería, después de renunciar a sus estudios, con el objetivo de ser alguien, para terminar dándose cuenta de que es un don nadie.

La disgregación del núcleo familiar, unido apenas por la necesidad del propio autoengaño, evidencia lo que significa la decadencia de un grupo, y de una clase social, amparada más en la necesidad del autoengaño, que en la expresión de sus propias carencias y la lucha contra estas. La casa se deconstruye como lugar de descanso y pasa a significar el sitio de desencuentro, en donde afloran los conflictos (tanto la madre como las hijas y el hijo) entran en un proceso en el cual se diluye la anterior comunión familiar, propiciado tal conflicto por una de las hijas mayores, Teresa, y entra a funcionar un nuevo proceso, en el cual los caracteres parecen ser incompatibles y todos o casi todos luchan por un espacio y un lugar que más bien parece convertirse en centro de exclusión. De tal manera, la casa no asocia, sino

que más bien disocia a los personajes. No se convierte en centro de encuentro, sino que da lugar a la emergencia de grandes diferencias que vienen a poner en entredicho la estabilidad del grupo.

Rolando, quien se desempeña como ayudante de ferretería, ve la posibilidad de un matrimonio, o al menos una relación perdurable con una joven, lo que no da espacio a la aceptación, pues este compromiso es visto de mala manera por sus hermanas, y ello genera otro de los desencuentros en la obra.

Lo que debe ser un sitio en el cual confluyan las relaciones armónicas, deviene espacio de rechazo, en donde, como señala uno de los preceptos de Foucault, lo panóptico, la mirada del otro se convierte en legitimadora de control, aun cuando ello cause represión en quien es mirado. Al fin y al cabo, tal mirada panóptica va a ser engendrada por el núcleo en general, y ello convierte la relación familiar en un espacio de vigilancia, no para preservar el orden, sino, paradójicamente, para dar lugar al caos y al conflicto, en vista de la represión que tal mirada produce. La casa no es asible, desde ese punto de vista, sino más bien es cárcel y encierro, pero paradójicamente, es también expulsión. Devora y vomita a los personajes, a los habitantes de la casa.

El orden que se busca se convierte en desorden, propio de las relaciones imposibles que se van tejiendo, y que no hacen más que desenmascarar la falsedad de una armonía construida débilmente, artificialmente. El deseo de posesión y de un posicionamiento en el espacio “hogareño” hace que la convivencia se vuelva imposible, pues se manejan discursos de poder y de represión que dan al traste con la idea de una unión familiar sin asidero real. El laberinto es siempre un espacio de encierro, un lugar de ahogo de alguna manera, que desespera por la imposibilidad de escapar de este o de evadir su presencia. En un estudio que efectúa Jorge Charpentier, a manera de introducción de esta obra de teatro, él refiere a la casa como espacio de laberinto, en donde la idea de un universo perfecto no es más que la apariencia. En verdad lo siniestro se halla dentro de la

conformación de los diversos caracteres que se tejen en el interior de la edificación.

La madre se convierte, junto con una de sus hijas, en la despojante de sus otros hijos, en una especie de madre castradora, que niega finalmente, el espacio vital a estos. La casa es entonces ya no lugar para todos, sino lugar de desarraigo, de expulsión. El paso del mundo laberíntico no libera, pero sí coacciona a los personajes en tanto es la casa misma un personaje más que lleva al conflicto entre estos.

Charpentier señala las diversas casas, las distintas lecturas que emergen de la personalidad de cada una de las cinco mujeres que habitan estas, y que al fin y al cabo son habitadas, a su vez, por esta otra, la cual las posee. La madre (doña Isabel de González) y la casa parecen confluír en una sola, en tanto la posesión que cada una ejerce sobre el resto es evidente, incluso en el ámbito, hacia el final, de la oscuridad con que terminan de permearse las distintas relaciones, conforme el lazo familiar se va resquebrajando.

El discurso de poder que mueve estas relaciones, en principio dirigidas hacia un objetivo común: unas vacaciones para la madre, e incluso para ellos mismos, se tergiversa hasta producir divergencias tan profundas que dan al traste con el primer objetivo alrededor del cual se movieron los cuatro hijos. Teresa, la hija mayor, es la que da el primer paso que llevará a la disolución del grupo. Su afán de concentrar el poderío, tanto de la casa como de las relaciones, la convierte en esa figura siniestra que acaba con todo a su alrededor. Su interés obsesivo provoca los conflictos familiares que, al fin y al cabo, siempre han estado latentes, pero que esta simplemente termina de desencadenar. La armonía ha sido más bien una farsa, una máscara que se cae cuando los verdaderos retos aparecen.

Rolando es incapaz de enfrentar la situación y se ve prácticamente expulsado de la casa, aunado al hecho de que al adquirir un compromiso con su prometida le trae una nueva amenaza a los demás: un ser puede llegar y robarles parte del espacio fundamental dentro de su casa, ya no solo en lo afectivo sino meramente en lo físico.

La casa es lugar de engaño, de falsos presupuestos, en donde todos confluyen para finalmente desencadenar el conflicto que rompe con todo. En verdad, La casa es la historia de un proceso de disolución familiar que debe darse cuando la diferencia de intereses irrumpe en la mentirosa armonía del grupo.

La construcción, el edificio, es la excusa para manifestar un objetivo común, pero falaz, y luego una verdadera batalla, en donde los desencuentros son ya no el resultado sino la confirmación de lo que siempre fue el mundo de doña Isabel, de Teresa, de Pilar, de Julia y de Rolando. Debe señalarse entonces que, tanto doña Isabel, como Teresa y la misma Julia construyen su espacio vital a partir de las apariencias, lo cual lleva, de manera directa, a ejercer represión en el resto de los miembros del grupo, en tanto intentan llevar este espacio hacia estos incluso.

Con base en lo anterior, se va construyendo un espacio en el cual lo imaginario, lo que se pretende, por parte de la madre y la hija mayor, convierte en represión el mundo de los demás. En medio de ese mundo en el cual van y vienen la madre y sus hijas, lo mismo que su hijo Rolando, Pilar, otra de las hijas, apunta hacia el infierno en el cual les corresponde vivir, en tanto mujeres solteras que deben sonreír aun sin desearlo, si es una forma de guardar las apariencias. Es así, por lo tanto, como doña Isabel se erige en uno de los personajes principales de la obra, capaz de controlar las relaciones de todos, al menos eso intenta, y de concentrar el salario de cada uno de ellos, lo cual es ya una forma de control y de posesión. Vive en un mundo de fantasía, aferrada a los réditos de su propio engaño, con ínfulas de un poder económico que ya no ostenta, lo cual es asimilado y reproducido por su hija Teresa, la cual viene a convertirse en un sujeto desdoble de su propia madre.

Por lo anterior, no es casual que las vacaciones de la madre se conviertan en una liberación, lo cual proviene no del deseo de la amiga de esta, sino de una de sus propias hijas, Julia, la cual insta a aquella para que se lleve

a su madre. El espacio de “vacío” que deja la madre es una forma de desahogo que adviene a todos y lo que da lugar a los cambios imprevistos para todos, con las consecuencias imprevisibles para estos, pero no desde el punto de vista de lo inevitable. Con el paso del tiempo, inmersos en la casa que los contiene, el deterioro de esta parece confluir con el debilitamiento de las relaciones tejidas apenas por la apariencia. La armonía de estos es más ficticia que verdadera, lo cual desencadena que, con la adquisición del inmueble, se desenmascaren todas las mentiras que se han tejido alrededor del núcleo, y la casa como estructura se convierte en un desencadenante del deterioro de la familia.

Cada uno de ellos sueña, a su vez, con una posibilidad de libertad que no se materializa, pero que en algún momento se vuelve inmanejable de contener, lo que hace que explote la manifestación de esos anhelos. Rolando delira en sus sueños de libertad, como el pájaro que desea volar, pero está amarrado a la imposición de un trabajo que esclaviza, que le corta las alas y los sueños. Es un sujeto acosado por la rutina y una vida sin promesas, lleno de frustraciones como sujeto, como hijo, como hermano, como hombre capaz de enamorarse, como estudiante:

Si vas al mar, lo verás por mí. A vos siempre te ha gustado el mar. (Pausa.) ¿Sabés, mamá? Siento nostalgia. Me siento aprisionado... Quisiera no volver a la ferretería. Quisiera irme con vos, al mar y de allí engancharme de marinero en uno de los barcos que pasan. Luego te escribiría grandes cartas, hablándote de los lugares que visitara... Y te traería regalos y cosas exóticas... (Señalando soñadoramente.) Allí, en ese rincón, tendrás un incensario chino robado de un templo de Singapur. Allí colgaría una cabeza encogida de un jbaro... En lugar de esa mesita, estaría un cofre pirata cambiado en Jamaica por cualquier bagatela... Y dentro de una botella de cristal, sellada con un tapón de plata, el espíritu de un capitán inglés, condenado a vivir en prisión por una eternidad, a menos que a un poeta le ablandara el corazón y al hacerlo le concediera tres deseos (Gallegos, 2010: 29-30).

En definitiva, la adquisición de la casa es el paso hacia el encierro total, por un lado,

pero también, y de manera paradójica, hacia la expulsión de quien no acepte las reglas fijadas en adelante. Es el camino pleno hacia la desposesión y hacia una nueva posición en el discurso pre establecido, fijado por Teresa y su madre. Ejemplo de esto lo representa el hecho de que Rolando ha pasado por el filtro de un doble papel de hijo, en tanto está sometido al amor de su madre Isabel, pero también de Teresa, lo cual confirma el espacio de posicionamiento que esta adquiere, con el paso del tiempo, en desmedro de la madre, a la cual termina por anular.

Rolando es despojado de su “hombría” por ambas, y solo la decisión final de romper con estas al establecer su compromiso con Rosa, le deja un espacio de salida que causa la reacción de la madre y la hermana, y su rechazo. Sobreviene el problema ante la disyuntiva de la irrupción de una desconocida en el ámbito de lo familiar, no acorde con la “estatura” de la familia, de acuerdo con los prejuicios de doña Isabel y Teresa, a tal punto que Rosa es definida como sujeto basura por parte de la misma Teresa, en un intento por anular la relación de aquella con su hermano.

El desplazamiento de la madre, fuera del recinto de control que esta ejerce, le representa el debilitamiento de su “papel” dentro del grupo, apropiado este por Teresa, la cual pasa a ser una especie de matrona, que asume el control de la casa y, por ende, del resto de quienes permanezcan en esta. De hecho, ya el noviazgo, compromiso y matrimonio de Pilar desestructura el lugar de la madre, como especie de desafío, que resquebraja el poder de esta en tanto centro del grupo familiar. Tal conflicto “libera” a los demás, y hace caer el espacio de la madre y su matriarcado. Ello motiva a que la búsqueda que cada uno de sus hijos tiene, dé paso al sueño, a la liberación. La casa es la estructura que desestructura todo lo demás en el momento en que la madre sale y la edificación es adquirida por el grupo, fundamentalmente por Teresa, la nueva madre.

La evasión de Rolando, en pensamiento al menos, da cabida a una nueva fuga, representada por su compromiso con Rosa, y luego el

desencadenante mayor, venido por parte de la madre y de Teresa, las cuales fraguan un engaño contra este, de forma que su compromiso con Rosa se caiga. La reacción, lejos de beneficiarlas, da pie al fracaso de estas, y a la deserción del hijo. Este busca dejar de sufrir, y por ello se replantea su vida, en medio del espacio de encierro de la casa, de la familia, de sus “madres”:

No lo digo por la casa, ni por ustedes. Sino por lo que he hecho con mi vida, donde me quedé; dejando que pasaran los días, consumiéndome en la ferretería posiblemente por falta de un incentivo que me sacara de esa jaula...Ahora tengo a Rosa. Si me caso con ella, sé que no podría conformarme con una vida así. No podría seguir encadenado a un simple empleo de dependiente (Gallegos, 2010: 39).

Los conflictos de poder rompen entonces la ficticia tranquilidad del grupo. Ni la madre ni Teresa desean dejar de ocupar su puesto de privilegio dentro del núcleo mismo, lo que las lleva a actuar de manera represiva con el fin de mantener la hegemonía en la familia. El frenético devenir de los acontecimientos posteriores que hacen flaquear la condición de doña Isabel, provocan los radicales cambios que terminan por disolver al grupo, y quitar el velo a la falsa relación existente entre todos. El imaginario termina por derrumbarse, y es cuando ya la verdad aflora en toda su crudeza. El laberinto de la casa y de las relaciones se vuelve ahora más infernal e insostenible que nunca.

La huida, el escape de los hijos: Pilar, Rolando, Julia, provocan que tanto doña Isabel como Teresa queden cara a cara en una lucha de poder que termina por derrumbar a la madre. Ha sido despojada de la casa, del poder, de la dignidad, de su sitio de privilegio. Teresa se erige como la gran beneficiada, en tanto poseedora de la casa, pero desposeída del respeto y del afecto de sus hermanas y hermano. La casa se convierte en mera estructura, vacía, desprovista, enajenante. Las actitudes oscuras y negativas de la madre y Teresa tienen como fin retener los espacios de control que les son amenazados. La casa en donde se fraguan los actos deviene siniestra desde ese punto de vista, lo mismo que ambas mujeres.

Desde lo anterior, queda en evidencia que la obra plantea, reiteramos, una relación de desencuentro, ya no de armonía, sino de desencadenamientos en donde las divergencias entre los personajes se vuelven insostenibles. La relación de control se cae, y sobrevienen los puntos de discordia. La desfiguración de las pasiones, el desencadenante de las otredades, de las alteridades que son, en resumen, las razones de discordia, acaban con la estabilidad apenas sostenible en espacios de insostenibilidad. La monstruosidad de la mentira que se teje durante años, es la que finalmente emerge en las palabras de Rolando para con su madre, manipuladora y temerosa si es despojada de su espacio:

Cómo es posible que lo hayás permitido entonces, todos estos años me has tenido aquí, atado a la casa, no por cariño, sino por comodidad, por el miedo a una vejez insegura. Por eso nos amarraste. Sí, solo por tu comodidad! (Gallegos, 2010: 65).

La actitud siniestra de doña Isabel va ahogando los anhelos de sus hijos, y corta las alas de estos, encerrados en la gran jaula representada por la casa. Solo la “violación” de ese espacio abre nuevas posibilidades a estos, en contra de los deseos de la madre.

El grupo pierde su razón de ser, y se desintegra. El espacio infernal de la casa termina por esparcirse hacia sus miembros. La derruida estructura ya es incapaz de sostener, a su vez, la deteriorada, la igualmente derruida relación de la madre y sus hijos. El infierno, en verdad, son los demás. Es el otro que subyuga y reduce, que coacciona los actos del otro.

La casa encierra, aprisiona, tal como ocurre con la madre, deseosa de salir de esta después de su caída, pero incapaz al mismo tiempo de dar el paso. La casa encierra y contiene, no deja lugar a la liberación, y termina por ahogar a esta, derrotada.

El cierre de la obra parece dar espacio a un retorno, de nuevo al lugar del encierro, de la posesión y de la desposesión. No es la salida hacia una liberación, sino la vuelta al laberinto. Acaso es el autoengaño de Teresa, deseosa de contener su poder, e imponer este a los demás.

Finalmente, el encierro, entonces, no es la casa, sino la imposición y la represión, el ahogo que proviene del otro. Es el ahogo vital y existencial en condiciones de despojo, de desposesión. La libertad es coaccionada, y los personajes encuentran en ello una excusa para buscar la salida desesperada. El fracaso deviene, en la mayoría de los casos, mientras que en otros la evasión, la salida, es el paso hacia un espacio mejor, como ocurre con Pilar. El encierro de la casa es el despojo de las alas de Rolando, de un espacio de liberación.

Bibliografía

- Gallegos, Daniel. 2010. *La casa*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- _____. 1998. *La casa y otras obras*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Charpentier, Jorge. *Prólogo a La casa y otras obras*. Editorial Costa Rica. San José, Costa Rica.